

LOS MECANISMOS DE LOS PROCESOS DINÁMICOS EN LA SEMIÓTICA (*)

IURI M. LOTMAN

Vamos a hablar de cosas bastante sencillas que, sin embargo, constituyen, a mi parecer, cierto fundamento de la semiótica actual. En las conferencias que en estas sesiones han antecedido a la mía, se ha hablado mucho y de una manera muy enjundiosa sobre lo correcto y lo inteligente. Por eso me parece interesante hablar un poco de la tontería.

La tontería es un problema muy serio. Uno de los más grandes filósofos dijo que en esto estaba el secreto de la historia humana. Pero tendremos que empezar por someter la tontería a cierto análisis. En este sentido, nos va a interesar tanto la manifestación de la tontería en la historia real como su reflejo en la cultura.

Como fundamento vamos a tomar consideraciones de carácter folclórico general. Como ustedes saben, el tonto es un personaje constante en el folclore. El otro personaje es el loco. Y el concepto de hombre normal no está sujeto a definición, no es definible. Se encuentra aquí en el centro.

Se diferencia del tonto, porque, desde las posiciones del tonto, él es un loco. Sin embargo, desde las posiciones del loco, es un tonto. Por eso resulta interesante definir cuáles son entonces las funciones que desempeñan estos dos roles en la cultura. El tonto se distingue por la predecibilidad de su conducta. El repertorio de sus reacciones es muy limitado.

Debo aclarar que la reacción del tonto es predecible en un sentido directo o en un sentido inverso, por así decir. En los más diferentes textos tomados del folclore encontramos que él puede, digamos, en un entierro, reírse, mientras que puede llorar en una boda. Pero, como les decía, el repertorio de sus reacciones es limitado. Y para este punto que está aquí, él no tiene ninguna información, no es portador de ninguna información.

El loco se distingue, por el contrario, precisamente porque tiene una conducta impredecible, de esta manera tiene más libertad, puede hacer lo que a los demás les está prohibido. Echa a un lado las prohibiciones. Por esta razón, dicho sea de paso, se convierte en un héroe romántico, de lo que hablaré más adelante.

El loco posee mayor libertad. Ciertamente es que su libertad puede ser una libertad loca, no está sujeta a la comprobación por esta esfera que está en el centro. Ahora veamos cómo trabajan ambos mecanismos en la conducta general de la cultura.

En toda una serie de situaciones el loco desempeña un papel extraordinariamente efectivo. Tomemos por ejemplo el papel que desempeña el bersekir en una guerra escandinava. El bersekir es un loco, por naturaleza o porque ha ingerido savias naturales especiales, que le hace salir de su estado normal. Se encuentra en la proa de la primera de las naves, está desnudo, totalmente desnudo, o sólo con una piel colgando de un hombro. No siente las heridas y es el que empieza el combate. La eficiencia de su actividad consiste en que el contrario no puede predecir su conducta. Él golpea tanto a los suyos como a los enemigos. Muerde el escudo, se baña de sangre de la cabeza a los pies. La lucha con él resulta extraordinariamente difícil, porque toda lucha efectiva se construye sobre la base de una hipótesis sobre las acciones del contrario. Si es imposible construir esa hipótesis, el enemigo queda indefenso.

O bien, en las sagas irlandesas antiguas encontramos al héroe Cuchulain. En los rasgos de este Cuchulain hay ciertos rasgos mitológicos, pero hay también un reflejo de la táctica real de la guerra. Cuchulain es un buen mozo, ninguna mujer puede resistírsele; es de pequeña estatura, pero muy alto; tiene en una mano seis dedos y en la otra tiene siete. Cuando entra en combate,

cae en una locura combativa. Uno de sus ojos se le hunde tanto que ni siquiera una cigüeña puede alcanzarlo con su pico. Y el otro ojo se le bota a una distancia como del largo de un brazo, y de la frente le brota la sangre como un surtidor, de la furia que tiene. Y su conducta es absolutamente impredecible.

Estas características arcaicas tal vez resultan menos extrañas si recordamos la manera en que en la guerra actual se comportan los soldados cuando toman parte en un combate. Porque adquieren una libertad complementaria, y disminuye la predecibilidad. Al principio de la Segunda Guerra Mundial, me tocó chocar con el ataque de un contrario borracho, y el combate resultó muy difícil, porque su conducta era impredecible.

Hagamos una pequeña digresión. Examinemos cómo y en qué se distingue la instrucción de un animal de la instrucción de un ser humano. Voy a hablar de los animales superiores y de los animales que tienen una conducta no hereditaria, sino enseñada, en el adiestramiento. El animal recibe las normas de una determinada conducta; por ejemplo: los gatitos son enseñados por la gata a cazar ratones.

Como resultado, en el gato se forman, diríase, dos conductas: por un lado, su conducta, por así decir, neutral, que no se aprende, que está dada en él por el orden natural de las cosas. Esta conducta puede ser variada, pero el gato aprende determinadas normas que debe seguir y determinados gestos estables. Y cuando tomamos los momentos de conducta marcada en los diferentes animales, ésta es de manera estereotipada lo que se aprende. Lo importante es lo que es correcto. Pero en la conducta del loco lo importante es lo que no es correcto.

Por eso, como veremos más adelante, en el folclore el animal frecuentemente es asociado con el tonto, o también se introduce un animal inteligente que actúa de una manera inesperada, un animal astuto. Así, por ejemplo, en el conocido cuento de Perrault chocan el Gato con Botas y un león que, al mismo tiempo, es un mago y posee un gran poder mágico. El gato es de pequeña estatura, pero inteligente, mientras que su enemigo, el ogro, es de enorme estatura, pero tonto. El débil gato le dice a su adversario: "¿Es verdad que puedes convertirte en un león?", éste se convierte en un gigantesco león, y el gato, aterrorizado, se trepa al techo. Y ahora dice el gato inteligente: "¿Será posible que puedas convertirte también en un pequeño ratoncito?", y responde aquél: "Sí puedo" y se convierte en un ratoncito, y el gato se lo come en el acto. Así pues, un inteligente pequeño resulta más fuerte que un tonto grande.

Este motivo atraviesa la mayoría de los folclores. En los pueblos nórdicos, hay un héroe astuto, que engaña a todos, y héroes análogos (*tricksters*) encontramos por doquier constantemente. Este héroe va a realizar actos inesperados y el que se va a contraponer a él es el tonto. Pero eso puede ser leído de otra manera, podemos leerlo de la manera siguiente: el tonto pelea de una manera honrada y su conducta es noble. Es un tonto, aparece así desde las posiciones de un inteligente amoral, pero éste, desde el punto de vista del tonto, es un individuo carente de conciencia moral.

Cuando todavía en el Kiev pagano, el príncipe, al dirigirse al combate, advierte a sus enemigos: "voy contra ustedes", está actuando como un tonto, y, en general, toda la norma caballeresca se encuentra aquí, en este nivel del tonto, pero, en cambio, tiene un atractivo moral. En general, un tonto desde el punto de vista moral tiene mejor apariencia que un astuto. Actúa conforme a reglas, mientras que este otro actúa conforme a la astucia. Así pues, tropezamos aquí con una situación doble. Particularmente interesante es cuando ambos rasgos se unen en una sola persona. Así, por ejemplo, tenemos el personaje de Ulises en Homero. Él vence en el combate mediante la fuerza, pero al mismo tiempo es astuto. Voy a recordarles cómo vence al cíclope. El cíclope es un ser fuerte, de enorme estatura, tienen unos carneros enormes, y Ulises se salva a sí mismo y a los demás griegos, escondiéndose debajo de esos carneros y saliendo así de la cueva. Pero antes de eso, cuando el cíclope le pregunta a Ulises cómo se llama, él responde:

"Nadie", y cuando Ulises le atraviesa al cíclope su único ojo y vienen corriendo los demás cíclopes preguntándole quién le hizo daño, éste responde: "Nadie", y los otros le dicen: "Pero, entonces, imbécil, ¿por qué gritas?" Por cierto, en el texto griego se utiliza justamente el término "imbécil", "tonto". Un tonto enorme resulta vencido por la astucia. Pero ese mismo Ulises vence a los pretendientes de Penélope como un héroe: puede tensar aquel arco como ninguno de ellos pudo tensarlo.

Es un héroe en dos lenguajes. Lo mismo encontramos en Tasso y en Ariosto, donde la combinación del heroísmo y la ironía permite ver al héroe simultáneamente bajo una doble iluminación, y ya el ejemplo más claro de esto es Don Quijote. Cuando Don Quijote juega — precisamente juega— a la locura caballeresca, desde el punto de vista de Sancho está actuando como un tonto, pero, entretanto, Don Quijote, desde luego, es un sabio. Así pues, son posibles complejas tensiones entre estos dos puntos de valoración. Y si ahora damos un paso más, podemos introducir todo un grupo de conductas que están sujetas simultáneamente a dos valoraciones opuestas y que pueden volverse a la vez tanto inteligentes como tontas. Esto es particularmente importante cuando pasamos del plano de la realidad al plano de la representación de la realidad: lo que en la realidad tiene la tendencia a presentarse con un solo significado, adquiere la posibilidad de diversas interpretaciones.

Podríamos seguir dando ejemplos, pero, considerando nuestras limitaciones de tiempo, pasaremos a la cuestión siguiente y dejaremos tranquilos al tonto y al loco.

Ya hemos tocado la cuestión de la diferencia que existe entre algunos hechos y su reflejo. Ahora tenemos que hablar sobre eso de manera más detallada. Pero previamente debo hacer ciertas reservas. En los acontecimientos que nos rodean, en el sentido más amplio de esa palabra —incluyendo lo que ocurre en el mundo en que se interesan la química y la física, y en el mundo en que se interesa la biología, y en el mundo del que se ocupan los investigadores de las ciencias humanísticas— podemos señalar dos tipos de dinámica. Si utilizamos la clasificación del físico belga-americano Prigogine, podemos dividir todos los acontecimientos en dos grupos. Uno de los grupos lo compondrán los acontecimientos que forman una cadena predecible, donde actúan aquellos vínculos de causa y efecto que tanto limitaban y determinaban las posiciones de los científicos en los siglos XVIII y XIX.

La manifestación más extrema de esto son los acontecimientos que tienen marcha atrás: si de A obtenemos B, cuando hayamos iniciado el movimiento en dirección contraria, de B obtendremos A. Esto dista de ser siempre así. Para que sea comprensible, les pondré un ejemplo: tomemos un caso ideal de traducción —lo cual es prácticamente imposible—. Traduciremos un texto en la lengua A a la lengua B. Y después, de la lengua B, regresamos a la lengua A. En este caso ideal obtendremos de nuevo el texto A. Para la norma de la traducción científica o técnica, aspiraremos a eso.

Ahora imaginémonos que con arreglo a una novela hemos hecho un filme y que, después, con arreglo a ese filme hemos escrito una novela. Por principio no obtendremos el texto de partida. Esto se puede explicar con el hecho de que tenemos una mala traducción, pero, en realidad, lo que tenemos es un lenguaje que por principio es intraducible. Aquí, por cierto, nos acercaremos al significado de los textos únicos.

Hay una diferencia cuando el texto que se crea conforme a reglas formuladas de antemano y cuando el texto se crea conforme a reglas todavía inexistentes, que después se crean con arreglo al texto. Para decirlo de un modo más exacto, en este segundo caso las reglas son creadas *post factum*, es decir, los textos anteceden a las reglas.

Por ejemplo, en las obras de arte, por este rasgo distintivo podemos discernir, en particular, el arte de masas del arte de alto nivel, el arte que se crea según las reglas existentes y el arte que

crea reglas. Desde luego, no debemos apresurarnos a decir que uno es bueno y el otro es malo, tanto uno como el otro tienen derecho a existir. Así, por ejemplo, el folclor se crea según reglas dadas de antemano. Y el arte que se consolidó en Europa en el siglo XIX no se crea según reglas.

Después de este prólogo, vamos a llegar a un acuerdo, vamos a examinar aquellos casos en que el paso de A a B no es predecible. En esta conferencia vamos a concentrar nuestra atención en las concepciones que están relacionadas en parte con Prigogine y en parte, en el dominio del arte y la cultura, con la Escuela de Tartu. Esto no significa que neguemos los demás casos, pero lo que nos resulta interesante ahora son los casos en que es imposible predecir las consecuencias de los acontecimientos. Ese momento lo definimos como una *explosión*. Esto no significa, sin embargo, que las consecuencias de la explosión no tengan límite. Lo único que estamos señalando es que como resultado de este acontecimiento sobreviene todo un torrente que tiene fronteras. Pero mientras la explosión no ha ocurrido, es por principio imposible predecir las consecuencias. Se puede predecir la probabilidad de las fronteras, pero dentro de esas fronteras cuál de los acontecimientos se realizará y cuál no, eso no puede predecirse.

Aquí estamos ante la irrupción de la casualidad y este es un hecho fundamental en la posición actual de la ciencia. En el curso de varios siglos hemos supuesto que la ciencia no estudia lo casual, que la ciencia estudia lo regular, o sea, lo que se repite. Por cierto, sobre este tema sostuvimos una discusión en la primera Escuela de Verano de Tartu el notable científico I. I. Revzin y yo. Revzin, lamentablemente ya fallecido, fue un lingüista genial y uno de los creadores de la semiótica. Revzin consideraba que con los métodos estructurales se podían estudiar aquellas variedades de arte que son formalizables. Por ejemplo, las novelas policíacas o los filmes detectivescos, es decir, aquellas variedades de arte en que dominan las reglas y el arte representa un peculiar juego según reglas, pero Revzin consideraba que estudiar una novela de Dostoievski con métodos estructurales era imposible, por cuanto ésta es impredecible en principio. Pero tras esa convicción había algo más.

A partir de Hegel, eran sometidas al método científico aquellas formas de historia que eran predecibles. Me voy a permitir hacer una comparación: para Hegel, la Historia es una lección que da un experimentado maestro; este maestro es la Gran Idea. Al propio tiempo, los que participan en la Historia no entienden el sentido de la misma, pero el gran maestro y el propio Hegel comprenden el sentido de la Historia. Es por eso que, para él, la Historia siempre tiene un fin. Cuando la Historia llega a ser comprendida, se acaba.

Yo me permitiría hacer otra comparación: yo me imaginaría a Dios en la función de un experimentador y no de un maestro, en la función de aquel que no sabe cuál va a ser el resultado de sus experimentos y le deja al experimento un espacio de libertad.

Así pues, nos vemos ante la necesidad de estudiar lo impredecible y de examinar la casualidad como un mecanismo obligatorio de la Historia. Desde luego, en unas esferas la casualidad se manifiesta de una manera mucho más clara, por ejemplo: si Napoleón, al cumplir seis años, hubiera muerto a consecuencia de una enfermedad infantil, no hubiera ocurrido la batalla de Waterloo. Podemos decir que los procesos económicos hubieran transcurrido de la misma forma, aunque yo no estoy convencido de eso, porque no se puede hacer semejante experimento con la Historia. Esto es sólo una suposición de los economistas, quienes piensan que la Humanidad tiene un solo camino, pero lo cierto es que la Humanidad tiene muchos caminos, y éstos encierran una enorme cantidad de momentos impredecibles. Pero, incluso si dejamos en paz las cuestiones de la economía, podemos decir que la historia de Francia y de Europa hubiera sido distinta. Lo mismo podemos decir con tanta mayor razón respecto a la esfera del arte.

Hace poco, un brillante historiador francés, Delumeau, miembro de la Escuela de Desarrollo Lento, escribió un libro extraordinariamente interesante, *La historia del Renacimiento en*

Europa. En el centro de su atención está el desarrollo de la técnica, de la industria, del comercio. Pero cuando él habla de Leonardo da Vinci, donde se detiene de la manera más detallada, es en sus descubrimientos técnicos, porque en lo que concierne a los descubrimientos técnicos Leonardo es predecible, pero en lo que respecta a la creación artística es por principio impredecible. Mientras que a la escuela francesa a la que pertenece Delumeau le interesa mucho elaborar una historia sin movimiento, a nuestra escuela, por el contrario, lo que le interesa es el momento de la *explosión*.

Volvamos a nuestro esquema. Vamos a considerar este momento el momento de la explosión. Aquí no hemos representado con mucho éxito la posibilidad de consecuencias potenciales. Por cierto, estos acontecimientos no tuvieron lugar, sólo fueron posibles; el único que tuvo lugar fue este acontecimiento. Desde luego, este es un esquema burdo; en realidad, aquí hay todo un haz de acontecimientos, y, en general, aquí hay muchas cosas más complejas, pero para la simplicidad de la exposición me permito hablar de una manera muy burda.

Así pues, tenemos un acontecimiento que más adelante deviene un hecho; los demás acontecimientos no devinieron hechos. Más adelante tiene lugar este movimiento. Este punto es el momento en que llega el historiador; el historiador toma la realidad y dice: "fue así porque no podía ser de otro modo". Los demás acontecimientos son sueños de poeta y él no se dedica a eso. La Historia ocurre conforme a leyes, dice él, marcha por vías científicas. Es en este momento cuando él escribe sus descripciones de lo que fue, y nosotros recibimos la historia en forma de un libro grueso que nos explica que todo fue como debía haber sido y que eso se llama la conformidad de la Historia a leyes.

Así pues, la conformidad de la Historia a leyes se crea en una segunda etapa, cuando la explosión es substituida por una secuencia de causa y efecto. Desde luego, en realidad lo que ocurre entre el primer momento y el segundo es un juego. El historiador absolutiza este caso, pero en realidad hay muchos casos, y es por eso que diferentes historiadores escriben diferentes descripciones de un mismo acontecimiento. Pero cada uno está convencido de que describe lo correcto. Hay una diferencia entre lo correcto y lo no correcto, pero no existe una multitud de impredecibilidades. Por lo tanto, una vez que ha devenido un objeto de estudio y descripción, la Historia está transformada, pero hay que tener en cuenta que esta transformación es, también, un hecho de la Historia. Y tampoco es un engaño, una tontería, sino un hecho real de participación en el movimiento de la Historia.

Más adelante viene la siguiente etapa: el acontecimiento se transforma en objeto de reflexión, de descripción; cae en manos de un filósofo o de un escritor. Mientras que la descripción en el segundo nivel pretende ser una verdad objetiva, en este tercer nivel pasa a la esfera de la variabilidad y la selección de posibilidades. Entonces, en primer lugar, se elimina la diferencia entre lo que ocurrió y lo que pudo haber ocurrido. Es más, al estudioso lo que no ocurrió le puede interesar hasta más que lo que ocurrió, y él adquiere una libertad totalmente nueva. No es casual el hecho de que en las más diversas metáforas el poeta sea identificado con un loco; el poeta introduce en la Historia la libertad y esta libertad es una forma del conocimiento de la Historia, puesto que entramos en conocimiento de la realidad tanto a través de lo que ocurrió como de lo que pudo ocurrir y no ocurrió. Y esto, irrumpiendo en la conciencia es el momento de la explosión, se convierte en programa de acción. Así pues, lo que llamamos hecho histórico constituye un complejo movimiento dinámico, yo diría incluso: un *movimiento vivo*, y a esto hay que agregarle que no hemos incluido aquí al que describe esto, quien introduce una dinámica complementaria. Dicho sea de paso, con esto está relacionado un fenómeno. La Historia fijada en este nivel es una Historia subordinada rigurosamente a la cronología; el hecho que pasó se perdió en el pasado. Pero ahí no hay cronología. No vamos a decir que dejaremos de leer a los escritores del renacimiento por el hecho de que hay nuevos libros. Por cierto, aquí surge un problema de carácter práctico: en la escuela enseñamos literatura y arte en orden cronológico, es decir, en este estado y no en este otro.

Hay fenómenos muy interesantes de la técnica de la época del Renacimiento que tienen para nosotros solamente una importancia histórica como huellas de etapas pasadas, mientras que las obras de arte tienen no sólo un significado histórico, sino también un significado estético contemporáneo, porque son diferentes series del complejo de la conciencia humana, y mientras que en la esfera de la técnica predomina realmente la gradualidad, en el campo del descubrimiento artístico de lo nuevo, lo que predomina es la *explosión*.

A propósito, aquí se podría decir que nuestra costumbre de decir "la ciencia y la técnica" es muy discutible. Pienso que la ciencia y la técnica, como siempre ocurre en tales situaciones, son "amigos-enemigos", al mismo tiempo están conjugadas y son hostiles entre sí. La técnica dista de poder utilizar siempre a la ciencia, y muy a menudo el desarrollo de la técnica constituye un freno para la ciencia, en particular distrayendo y orientando de manera incorrecta los intereses de la sociedad. Desde el punto de vista de la técnica, puede haber descubrimientos inútiles; desde el punto de vista de la ciencia, no.

En este movimiento de la historia nos encontramos ahora en la etapa del predominio de la técnica. Yo me permitiría hablar de esta etapa como del período norteamericano. Pero se trata sólo de un momento, no es una propiedad eterna y, desde luego, el movimiento corregirá su rumbo todo el tiempo.

Quisiera tocar aún otra cuestión, por así decir, *pro domo sua*. Quisiera referirme a ciertas particularidades de la historia rusa.

En el movimiento histórico podemos distinguir —claro está, si nos permitimos cierta esquematización— estructuras que denominaremos convencionalmente *binarias* y estructuras que, también convencionalmente, podemos llamar *trinarias*. Así, por ejemplo, en la estructura *trinaria* las fuerzas históricas en conflicto que chocan tienen siempre, además, una tercera posibilidad; realmente luchan dos fuerzas, pero potencialmente existe además una tercera. Tomemos como ejemplo la Revolución Francesa. Según todos los manuales y según todas las monografías, muy buenas, que se han escrito sobre este tema, se ven dos campos. Se desarrolla una lucha en la esfera sociopolítica; la lucha alcanza su límite sangriento, y las personas mismas de esa época dividen a todos los hombres en aristócratas y partidarios de la Revolución.

En el año 1790 el escritor ruso Karamzin visitó París. Visitó la Corte, puesto que todavía transcurría el período pacífico del desarrollo de la Revolución. Como ustedes recuerdan, el propio Rey prendió en su sombrero el emblema tricolor y París aplaudió al Rey. Ciertamente es que al rey lo obligaron por la fuerza a trasladarse de Versalles a París, pero en París se mantuvo y era recibido con aplausos; el Palacio fue abierto y los buenos parisienses podían entrar y observar cómo desayunaban el Rey y la Reina, y fue entonces que el escritor ruso Karamzin entró en el Palacio. Vio cómo el delfín, el heredero del trono, que muy pronto moriría, jugaba con su perro y, golpeándolo, le decía: "eres un aristócrata, un grandísimo aristócrata". Es decir, el delfín había adoptado el lenguaje de su tiempo, según el cual hasta el perro tenía que ser o aristócrata o revolucionario. *Tertium non datur*.

Pero nosotros mismos vemos así la Historia. Y, sin embargo, en París y en toda Francia había aún otra fuerza: estaban los futuros héroes de Balzac que les vendían granos tanto al ejército de la Revolución, como después al ejército de Napoleón, y que se enriquecían. Y cuando esa humareda política se disipó, se hizo visible una estructura social ya hecha: el mundo de Balzac.

Así pues, la transición tenía lugar de manera gradual, porque de hecho participaban en esos acontecimientos no dos lados en lucha, sino dos lados en lucha y un lado que se mantenía al margen.

Aduciré otro ejemplo. Cuando el Imperio Romano resultó derrumbado por el torrente de los bárbaros y en el territorio del Imperio surgieron nuevos estados, se formó también una estructura *dual*: por una parte, todo el sistema de las ideas religioso-morales se erigía sobre la base del cristianismo, pero las estructuras jurídica y estatal conservaban el derecho romano, y en este mundo existía el monje y el jurista. Claro está que además existía el caballero. Y cada uno de ellos tenía, diríase, su lógica, sus derechos y sus leyes, y no surgía el problema de que si el jurista no actuaba según las leyes del cristianismo, entonces era un enemigo. Es decir, se conformaba una estructura poliorganizada; esa misma estructura existía en el territorio de la futura Rusia entre los siglos X y XII; me refiero al Estado de Kiev, que tenía muy fuertes elementos de la cultura occidental, y que era simultáneamente un estado caballeresco y cristiano, y existía también en el territorio de Nóvgorod, en el norte, el cual entraba en el sistema de los estados alemanes comerciales y era un centro comercial para toda Europa.

Cuando se constituyó así la estructura política que se conformó en algún momento del siglo XV, y que con grandes transformaciones ha existido hasta nuestros días, este sistema tenía un carácter *binario*, es decir, sólo incluía el pecado y la salvación, el bien y el mal; no tenía una tercera posibilidad. Esto, por supuesto, podía ocurrir sólo en la teoría, se trataba de cierto modelo ideal, el cual, desde luego, en la práctica no hallaba realización. Pero, en cambio, se formó la costumbre de ver la práctica como un error, como lo que Dios no creó, sino sólo admitió. Dios crea la teoría, pero nosotros somos pecadores, y por eso no podemos hacer realidad la teoría totalmente, y eso es un pecado. Es decir, la realidad es pecaminosa, y a lo que hay que aspirar es a realizar los ideales; y el ideal debe ser introducido en la vida, pero no se lo puede introducir.

Por eso la realización del ideal justifica el uso de medios sangrientos. Y llegará el momento de un gran vuelco en el que el ideal se convertirá en realidad.

De esa manera surge un conflicto entre la realidad y el ideal binario, y en adelante observamos una larga cadena de luchas entre la vida y el ideal. La vida exige una estructura trinaría, exige la posibilidad de diferentes vías, mientras que el ideal exige una elección, la elección entre el pecado o la salvación.

Y así observamos toda una serie de tales intentos en la historia. En la historia de Rusia, quien crea el caso extremo del sistema binario es Iván el Terrible en el siglo XVI: lo que realiza Iván, en realidad, es un experimento, un experimento constante. Él mismo realmente no sabe quién es, Dios o el Diablo. No hay una tercera posibilidad. Él no puede ser simplemente un hombre, y está comprobando mediante sus crímenes si Dios aguantará eso o no, y mediante su imitación de la santidad, si lo aguantará el Diablo. Él quiere comprender quién es él. Pero está completamente claro que el Zar en Rusia puede ser únicamente o Dios o el Diablo, pero no un hombre.

Esto lleva el Estado a una prolongada catástrofe que dura de hecho 100 años.

Llega la así llamada época de revueltas, y pasamos a ser espectadores de un cuadro muy extraño. Las más diversas personalidades políticas, tanto reaccionarias como no reaccionarias, hacen un intento de pasar a la vía europea, tratan de introducir ciertos rasgos democráticos en el régimen autocrático. Así, por ejemplo, veamos lo que hizo Borís Godunov, elegido Zar, después de haber sido elevado por el Patriarca a la dignidad de Zar, en la Catedral.

Imagínense que aquí, delante de mí, están los iconos y detrás de mí se halla el pueblo; él hizo el siguiente gesto: se viró hacia el pueblo y se levantó su camisa, como signo de que iba a compartir con el pueblo su última camisa. Fue, por así decir, un salto al lado de la democracia, un ritual no previsto.

Otro zar, el más reaccionario, un zar de los boyardos, Shuiski, de pronto introdujo cambios que asombraron a todos. Un zar que había sido elegido por los boyardos juró fidelidad al pueblo como si hubiera sido un monarca limitado, como si hubiera olvidado que él respondía únicamente a Dios. Y le hacía promesas al pueblo y le juró fidelidad al pueblo.

Otro ejemplo de extraño fallo de la memoria. En el año 1711, Pedro I efectuó una campaña contra los turcos. La guerra resultó un fracaso. Todo el ejército ruso encabezado por su Emperador —allí se encontraba también Catalina, su esposa, quien sería después Catalina I, se encontraban también los diplomáticos—, todos ellos fueron rodeados por los turcos, y a la mañana siguiente debían o caer cautivos o ser aniquilados. Y quien ayudó a salir de esa situación fue una mujer, fue Catalina, que era una mujer simple, carente de instrucción y procedente de un medio popular muy bajo. Ella y el diplomático Tolstoi reunieron todos los tesoros, todos los brillantes que tenían, fueron hacia el ejército turco y le entregaron todo al general turco. Y éste dejó salir del cerco a Pedro y a todo su ejército. Es verdad que después en Estambul a este general turco le cortaron la cabeza, pero en aquel momento, ante el dinero, no pensó en eso. Y en ese momento de peligro en que Catalina se acababa de ir a ver al General turco y Pedro no sabía con qué noticia regresaría, Pedro escribió una carta al gobierno en San Petersburgo. ¿Qué escribió él en esa carta? Olvidó que en Rusia existía una monarquía hereditaria. Por entonces todavía tenía relaciones totalmente normales con su hijo, y el hijo era ya una persona adulta. Pedro escribió a San Petersburgo lo siguiente: "escojan de entre [ustedes] al más digno y háganlo Zar", es decir, en ese minuto olvidó que en Rusia no existía una monarquía electiva, sino hereditaria.

Este intento de ir más allá del poder ilimitado, de superarlo, y, al propio tiempo, la imposibilidad de rechazar el poder, esta misma circunstancia *ambigua* fue la que guió los actos de Alejandro I en época posterior. Alejandro I, era europeo, liberal; todas las damas europeas sentían gran entusiasmo por él, pero el asunto no estaba sólo en eso: él salvó para Francia algunas importantísimas consecuencias de la revolución; en particular, el régimen constitucional. Austria, Prusia e Inglaterra estaban decididamente contra esto; sin embargo, él mismo defendió también la Constitución para Polonia. En San Petersburgo era un autócrata, era el Emperador, pero en Varsovia era un monarca constitucional.

¿Y qué fue lo que decidió hacer con Rusia? Cuando se enteró de que había una conjura contra él, en la que participaban casi todas las principales personalidades políticas, por lo menos los jóvenes, empezó a portarse de una manera muy extraña. De hecho, le entregó el poder a una persona ignorante y cruel, Arakchéev. ¿Cuál era su plan? Sobre eso sólo podemos hacer conjeturas, porque en ese momento murió inesperadamente.

Yo supongo que el plan era el siguiente: consolidar en Rusia un fuerte poder imperial que estaría en sus manos, e introducir entonces con sus propias manos cierta variante de Constitución.

He de recordarles un enemigo tal de la Constitución y del liberalismo como Nicolás I, quien, por lo visto, se suicidó después del fracaso de la guerra con Turquía, antes de su muerte exigió de su hijo que jurara iba a liberar a los campesinos.

Podríamos continuar esta enumeración de casos. Se trata, como vemos, de la necesidad de cambiar radicalmente toda la vida con arreglo a una norma europea, la necesidad de romper con todo lo que había surgido en los tiempos de Pedro I, cuando se desarrollaba de manera muy enérgica la industria sobre una base feudal, cuando para marchar junto a Europa hacía la técnica europea y, sin embargo, la base era el régimen de servidumbre. Pero la estructura binaria no tiene salida, termina en una catástrofe, no tiene una salida legal, correcta, y todos los intentos de reforma terminaron en catástrofes.

Y ahora, de hecho, estamos ante una trágica cuestión: hace falta pasar a una estructura trinararia; además del ideal y la realidad, hay que tener un camino compuesto de muchas vías. Pero cuando leo y oigo que uno de los planes consiste en hacer los cambios en tres meses y otro en hacerlos en tres años, veo que quieren cambiar una explosión con ayuda de otra. Y esto no se debe a error o a estupidez; es que la vida no da tiempo, pero con ayuda de una explosión tampoco se puede salir. Por eso la situación actual está en el filo de una navaja. Si logramos no caer en una explosión sangrienta, saldremos adelante. Pero cómo ocurrirá eso es algo que el historiador no puede predecir.

Para terminar de manera optimista, quiero decirles que el historiador, si no puede apelar a las demás variantes, puede observar caminos de diferentes estructuras relativamente paralelos. He aquí que hace poco hemos observado dos situaciones parecidas: una de ellas fue el intento de golpe de estado militar en Moscú, y la otra fue el golpe de estado militar que se consumó en Yugoslavia. Son situaciones muy diferentes, pero tipológicamente pueden verse como variantes de una situación similar: la salida del período que se consideraba socialista, aunque no lo era. Así pues, tenemos ante nosotros dos caminos, probablemente hay otros. Y allí donde hay posibilidad de elegir, allí todavía hay esperanza. Y con esas palabras quisiera terminar y agradecerles su atención.

* Este texto es la transcripción escrita de la conferencia pronunciada por I. M. Lotman en Caracas (Venezuela), en el I Encuentro Internacional de Teoría de las Artes Visuales (febrero-marzo de 1992), que tuvo lugar en el Instituto Universitario de Estudios Superiores de Artes Plásticas Armando Reverón (IUESAPAR). Traducción del ruso de Gustavo Pita. Agradecemos a D. José Bernardo Gómez, Director del IUESAPAR, su autorización para publicar este trabajo, y a Desiderio Navarro, organizador de aquel evento, el envío del texto. Se publica por primera vez en ENTRETEXTOS.